



# SOCIOLOGÍA

## Sección española.

### ¿QUÉ ES RIQUEZA?

Riqueza es, indudablemente, todo bien; todo elemento de vida asimilable y disfrutable; toda materia tangible ó intangible que proporcione bienestar, alimento, fortaleza, instrucción ó recreo. En una palabra: *riqueza* es todo lo útil para satisfacer nuestras necesidades y deseos intelectuales, estéticos ó de nutrición. Pero ante todo y sobre todo, la riqueza es la emanación directa de las funciones del trabajo humano y natural.

La reproducción de la riqueza á costa del trabajo ajeno, es tan irracional é injusta, que nosotros no nos la explicamos.

No se explica, ciertamente, el error económico social de que la *riqueza*, que emana del *trabajo*, que es su consecuencia definitiva, sirva para sostener el fausto y holgazanería constantes de sus *tenedores que no trabajan*; y muchísimo menos todavía, puede concebirse el *por qué* y el *cómo* de que estas riquezas que, como todas, se fraguaron y generaron en las santas matrices del trabajo reproductor y siempre benéfico, que fueron creadas por el brazo propulsor y todopoderoso del obrero, vayan á parar casi íntegras á manos de los que nunca trabajaron.

Si los tenedores de la riqueza procedieran de la categoría de los obreros, propia y genuinamente hablando; si esas grandes fortunas acumuladas en las manos de los *ricos*, ora en forma de propiedad territorial, pecuaria ó industrial, ora representadas por enormes acaparaciones de *capital-moneda*, constituyeran la posesión de elementos disfrutables de vida obtenidos laboriosamente en el combate honrado de trabajos anteriores; si, en una palabra, la riqueza fuera, positivamente, la compensación obtenida por los productores tras sendos años de trabajo asiduo, prudentes economías y tenaces desvelos, *todavía se explicaría el hecho un tanto lógico de que, los trabajadores, enriquecidos por su exclusivo esfuerzo individual* (esto es de todo punto imposible), vivieran holgándose en las dichas placenteras que pudiera proporcionarles el disfrute tranquilo y sosegado de los bienes á tan santificada costa adquiridos.

Pero como no sucede así; como ni los Cresos de la banca, ni los grandes acaparadores de la propiedad, ni los dañinos *chupópteros* que explotan las fuerzas del obrero en todas las manifestaciones de la producción, *trabajaron nunca*, ni fueron, son, ni serán aptos para producir obra alguna de utilidad social y redentora, no sabemos, ciertamente, en qué científica, justa y equitativa razón económica pueda fundarse la *legal* multiplicación, perdurable é ilimitada, de la riqueza individual á expensas del trabajo ajeno.



Si los poseedores de la riqueza viven á expensas de ésta y sin trabajar útilmente, como toda riqueza que no se fecundiza con la savia portentosísima del trabajo, es perfectamente agotable, por muy inmensa que se la pudiera suponer; si los *ricos* no estupraran, si no repusieran subrepticamente el diario quebranto que sufren sus riquezas, explotando las fuerzas del trabajo ajeno, en su eterna labor de disolvencia infecunda y consumo paradisiaco, pronto, muy pronto, llegarían á las crueles miserias del *no tener*. Pero, por un milagro inconcebible, por un *quid pro quo* verdaderamente fenomenal, no sucede así; el *rico* huelga, sigue holgando incesantemente envuelto en las plácidas dulzuras de la abundancia; consume sin cesar, derrocha, tira y destruye cuanto le viene en ganas, y no sólo no se arruina, sino que, tras tanto disolver y malbaratar, *sus riquezas van en aumento creciente* engordadas por la procaz explotación que ejerce el potentado sobre el trabajo de los proletarios.

El trabajo produce la riqueza y es luego absorbido y dominado por ella. Es decir, que el hombre trabajador, en su insensatez de ignorante, forja y pule cuidadosamente la mortífera *argolla* con que luego ha de ser *agarrotado*.

De estos grandes errores, de estos gravísimos contrasentidos, nacen todas las anomalías y terribles *pauperismos* en que nos hallamos envueltos.

Mientras haya en el mundo necesidades perentorias que cubrir, resultará criminal la acumulación de riquezas, porque jamás podrá explicarse satisfactoriamente la existencia de grandes depósitos de cereales y almacenes de tejidos en un pueblo de hambrientos y desnudos. ¡Maldita sea la riqueza, que sólo sirve para hacer del mundo una mansión siniestra de esclavos humildes y de esclavizadores opulentos!...

Ya lo hemos dicho: la riqueza no tiene otra fuente originaria que el trabajo, *es trabajo acumulado*; y á reproducir las fuerzas creadoras del trabajo, deben dedicarse todas las manifestaciones de la social riqueza. Sólo realizando tan augusta misión, sería útilmente benéfica la existencia de la riqueza, porque fomentaría con su influjo potentísimo la pródiga intensidad de sus núcleos reproductores, esparciendo por todas las grandes ramas del inmenso árbol humano la vigorosa savia de la fecundidad.

En la economía animal obsérvase el fenómeno admirabilísimo de que los alimentos ingeridos en el aparato digestivo de un sér organizado, producen, al ser sabiamente quimificados, los jugos gástricos y reparadores que constituyen la *riqueza* de que se nutre la vida orgánica en sus misteriosas é incesantes renovaciones. Pero estos jugos y esta *riqueza* no quedan estancados exclusivamente en un órgano determinado del cuerpo en que se producen, sino que, arrastrados por el *gran torrente circulatorio*, por la circulación de la sangre, van á llevar diligentes los substanciosos gérmenes de la renovación de las fuerzas y materias perdidas á todas las regiones del organismo animal.

Si en el orden social se emplearan los beneficios que en sí lleva latentes toda riqueza, en la misma forma *equitativa* y *justísima* con que se invierten en el orden natural; si los jugos benéficos del trabajo dedicáranse preferentemente á la reproducción de las fuerzas por el obrero perdidas en las cruentes manipulaciones de la producción general y á producir el bienestar y la dicha de todos los seres humanos, en vez de fomentar el parasitismo degenerador de los explotadores, entonces podría proclamarse con inusitada justicia la santidad de la riqueza. Pero para esto, que sería lo más justo y equitativo, es preciso acabar con la riqueza *particularizada* y entrar de lleno, sin temores ni vacilaciones, en el régimen redentor de la riqueza *socializada* proclamado por el socialismo.



Porque así lo entendemos, y porque observamos que la presente organización social, por anti-científica, injusta y corrompida, se aproxima á pasos agigantados al terrible período de su descomposición definitiva, procuramos, con el ardimiento entusiasta y la fe ardientísima é inquebrantable de las profundas convicciones que nos animan, en el pronto advenimiento de un porvenir de paz y de justicia, divulgar las salvadoras doctrinas socialistas que han de redimir al mundo, á fin de que la Humanidad sepa cómo ha de librarse de caer inconscientemente en la hedionda cloaca abierta á sus pies, cuando lleguen los instantes terriblemente apocalípticos y redentores de la muerte del despotismo universal con toda su endiablada cohorte de explotadores, fruto de la riqueza acaparada.

Esforcémonos porque esto suceda en el más breve plazo posible, y preparemos, entre tanto, la conciencia de las masas proletarias revolucionaria y conscientemente para cuando llegue la hora sacrosanta de la verdadera resurrección del hombre.

DONATO LUBEN.

## DE LA MUERTE

Es mucho más difícil conocer la Verdad que la Justicia; porque la primera ha de aprenderse, mientras que la segunda se siente.

Por eso ha sido siempre difícil conocer á los embaucadores; pero no lo ha sido odiar á los tiranos.

Pueblos á quienes se inculcaron los errores míticos y místicos, aceptaron candidamente la mentira revestida con las falsas galas de una sabiduría y de una virtud hipócrita.

Pero esos mismos pueblos, cuando vieron que sobre las palabras y la doctrina se fundaban hechos y conducta que la negaban en absoluto, se llamaron á engaño y murmuraron una protesta.

El mal estaba ya hecho, por desgracia, y la protesta vino cuando la mentira, apoyada y sostenida por su fiel aliada la autoridad, era ya poderosísima, y podía sofocar impunemente todo conato de rebeldía.

Afortunadamente la Verdad, soberana incontestable en lo abstracto, es igualmente indestructible en lo positivo cuando empieza á ser reconocida: un sólo cerebro, una tímida voz que la proclame, es como la débil arista que, agitada por el viento en la cima de nevada montaña, rueda y forma la bola de nieve que se convierte en el potente alud que todo lo trastorna y revoluciona al caer en el fondo del valle.

No así la mentira, variable siempre, que por fuerte que parezca elevada á las alturas desde donde se impone la fe y la obediencia, tiene siempre los ataques del hereje y del revolucionario y ha de desvanecerse, al fin, ante el irresistible poder de la evidencia científica.

\*  
\* \*

Durante la Edad Media, aquel triste período histórico en que tuvo lugar la desviación de la vía progresiva introducida por el cristianismo llegado á su apogeo, faltos los pueblos de medios y de energías para intentar su emancipación, del mismo símbolo del terror inventado para dar eficacia á la tiranía, sacaron un recurso para hacer ostensible su protesta: ridiculizaron la muerte.



La danza macabra, ó danza de los muertos, sacada de no sé qué tradiciones y leyendas, inspiró á los artistas, aterrorizó á los poderosos é hizo reír á la plebe: pinturas murales, cuadros notables, canciones populares, representaban esqueletos tañendo huesos á guisa de instrumentos, ó bailando, ostentando vestigios que simbolizaban todas las dignidades y todas las jerarquías sociales.

Papas y reyes, reinas y frailes, obispos y damas aristócratas, bufones y monjas, caballeros, ricos comerciantes y todos aquellos que en el mundo disfrutaban de las ganancias sociales, mezclados con tipos de las clases más humildes, se daban la mano y volteaban en ronda vertiginosa, expresando en sus actitudes y en sus descarnadas calaveras, por un refinamiento del arte, ciertos rasgos característicos de las más innobles pasiones.

Lejos de inspirar los respetables temores propios de la idea de la muerte, aquella repugnante extravagancia causaba risa y sólo se le consideraba por su aspecto ridículo.

Potentados del Estado ó de la Iglesia, despojados de su seriedad fingida, veíaseles por dentro, como ellos mismos se verían en vida en el fondo de la propia conciencia: roídos por los vicios, sucios por la concupiscencia, deformados por el dominio de las pasiones deprimentas, y para colmo de vergüenza, presentábanse en una mancomunidad diametralmente opuesta á la individual excelsa y excepcional dignidad que juzgaban corresponderles.

Castigo tremendo: era la venganza del pobre que arrojaba al rostro del rico el crimen de la desigualdad, poniéndole de manifiesto la igualdad humana ante la muerte.

\*  
\*  
\*

Lo anormal, tiene siempre una normalidad relativa.

Las leyes de la Naturaleza se cumplen inexorablemente para el bien ó para el mal.

Si el hombre, sér privilegiado capaz de conocer aquellas leyes, no sabe anticiparse para aplicarlas en beneficio propio, forzosamente ha de sentir sus efectos en su perjuicio.

Si por diferencia de clases y antagonismos de intereses no se crean, conservan, fomentan y universalizan aquellas grandes fuerzas sociales que horadan montañas, parten istmos, desecan pantanos, levantan pararrayos, sanean ciudades, surcan los mares, llevan el pensamiento y aun la palabra á través de las distancias; cuentan los astros, descubren el microbio patógeno y son capaces de crear aquellos grandiosos falansterios, morada de la paz y de la felicidad, forzosamente sobreviene el aislamiento, la ignorancia, la miseria, la guerra, las epidemias, y todo género de siniestros y calamidades, y convierten la tierra en repugnante señorío de la muerte.

Las fuerzas ciegas de la Naturaleza, entregadas á sí mismas, en contacto con el ignorante, le aniquilan; pero dominadas por el sabio, prestan incalculables beneficios.

Si la ciencia de la vida dominase en los individuos y en las colectividades, es decir, si la higiene y la economía fuesen perfectamente conocidas y aplicadas sus enseñanzas, la muerte sería entre los hombres, al igual que entre todos los demás seres, el término puramente natural de su existencia, exigido por las condiciones de su organismo.

\*  
\*  
\*

La muerte en sí no es un mal ni un castigo; es sólo el término de una evolución.



La muerte, sólo es horrorosa cuando viene á consecuencia de una contrariedad ó como resultado de un vicio social.

El que, según la frase de Malthus, se siente arrojado del banquete de la vida; el que contrajo la enfermedad que le separa de los vivos por un trabajo insoportable, por una alimentación deficiente, por una habitación infecta ó por cualquiera otra de las infinitas causas que la producen, y ha de abandonar sus propósitos, sus esperanzas y sus amores, necesariamente ha de contemplar con un sentimiento de vehemente protesta cómo se le roba esa vida querida que necesita para lo que se propone, para lo que espera, para lo que ama.

La Naturaleza no asesina.

El asesinato, obra nefanda de premeditación y alevosía, es humano; el que va forzado, sin conciencia ni voluntad á la guerra á matar ó morir; el que vive con sus facultades atrofiadas por falta de medios de desarrollo; el que sucumbe á un trabajo excesivo y á la falta de nutrición é higiene; el infante que perece en los albores de la vida, víctima de la escasez ó de la rutina é ignorancia de sus padres; el que se ve impulsado al vicio y al crimen por deficiencias y aun contrariedades sociales; el que en las esferas del privilegio revienta de hartazgo, de molicie y de soberbia; el que mutila su organismo con votos y prácticas religiosas; los que sucumben á las mil enfermedades producidas por las infinitas violaciones de las leyes naturales, todos, en número horrible por su inmensidad, no mueren en la verdadera acepción de la palabra: se les mata.

\* \* \*

La sociología primero, señalando un plan racional de vida, y la revolución social haciéndolo práctico, reducirán á la muerte á sus condiciones naturales.

¡Bien haya el día desde el cual pueda empezarse á contar la nueva era, que señalará el principio de la felicidad humana!

ANSELMO LORENZO.

---

## Sección del Exterior

# CIENCIA SOCIAL

Vemos que la Historia, después de haber sido la historia de los reinados, tiende á convertirse en la historia de los pueblos, y después en la de los individuos. El historiador quiere saber cómo vivían en cierta época los miembros de que se compone tal nación, cuáles eran sus creencias, sus medios de vida, qué ideal se desarrollaba delante de ellos, y de qué medios disponían para acercarse á ese ideal. Por la acción de todas estas fuerzas, antes descuidadas, interpretará todos los fenómenos históricos.

El sabio que estudia jurisprudencia, no se contenta con estudiar tal ó cual código. Como el etnólogo, quiere conocer el génesis de las instituciones que se suceden, sigue su evolución al través de las edades, y en este estudio se aplica mucho menos á la ley escrita que á los usos locales, al «derecho consuetudinario», en el cual el genio constructivo de las masas desconocidas, ha encontrado su expresión en toda época. Una



ciencia completamente nueva se elabora en este sentido que permite trastornar las concepciones establecidas que aprendimos en la escuela, llegando á interpretar la Historia de la misma manera que las ciencias naturales interpretan los fenómenos de la Naturaleza.

Por fin, la economía política, que desde sus comienzos fué el estudio de la riqueza de las naciones, se vuelve hoy día un estudio sobre la riqueza de los individuos. Cuida menos de saber si tal nación hace ó no un fuerte comercio exterior, que de conocer el medio por lo cual no falte pan en la choza del campesino ó del obrero. Comprueba que las necesidades más imperiosas no llegan á satisfacerse en los nueve décimos de la Humanidad, y ante este hecho se coloca, como un fisiólogo ante una planta ó un animal — «¿Cuáles son los medios de satisfacer á las necesidades de todos, con el menor desperdicio de fuerzas? ¿Cómo una sociedad puede garantizar á cada uno la mayor suma de vida y felicidad?» En este sentido la economía política se transforma, y después de haber sido tan largo tiempo una simple demostración de fenómenos, interpretados en interés de las minorías ricas, tiende á convertirse en una verdadera ciencia, en una fisiología de las sociedades humanas.

Al mismo tiempo que esta nueva vista de conjunto, que esta nueva filosofía se elabora en las ciencias, se elabora también una concepción de la sociedad completamente diferente de las que han prevalecido hasta nuestros días. Bajo el nombre de Anarquía, surge una nueva interpretación de la vida presente y pasada de las sociedades, al propio tiempo que una previsión sobre su destino; y esta nueva interpretación sociológica obedece al mismo espíritu que la nueva interpretación de los hechos físico-químicos y biológicos. La Anarquía se presenta así como parte integrante de la filosofía nueva y es por esto que el anarquista coincide en muchos puntos con los más grandes pensadores y poetas de la época actual.

En efecto, á medida que el cerebro humano se emancipa de las ideas que le fueran inculcadas por las minorías de sacerdotes, de jefes militares y de jueces existentes para asegurar la dominación de estas minorías, surge una concepción de la sociedad sin estas minorías dominadoras; de la sociedad que tomando posesión de todo el capital social acumulado por las generaciones pasadas, se organiza para poner todo este capital en provecho de todos, en ausencia del poder de las minorías; surge la concepción de una sociedad que permita las mayores divergencias tocante á las capacidades, temperamento y actividades de los individuos; de una sociedad que favorezca la lucha, el conflicto espontáneo, puesto que la experiencia ha mostrado que las épocas de conflictos libremente debatidos, sin que el peso de la autoridad constituida haya inclinado de un lado la balanza, fueron las épocas de más gran le desenvolvimiento humano. Se reconoce que los individuos acabarán por conquistar sus iguales derechos á todos los tesoros acumulados por el pasado; desapareciendo, por lo tanto, explotadores y explotados, gobernantes y gobernados, y estableciéndose una cooperación social, armónica, espontáneamente, por la libre iniciativa, la libre acción y la libre asociación. Se prevé el más completo desarrollo de la individualidad, combinado con el más alto desarrollo de la asociación bajo todas las formas y con todos los objetivos; asociaciones siempre transformables como las aspiraciones de sus miembros y como las circunstancias que son diferentes á cada momento. Nada de estas formas preestablecidas y cristalizadas por la ley. Una armonía, un equilibrio social que se desplaza continuamente, gracias á la libertad de las fuerzas que lo producen, gracias á la libertad de los individuos.



Esta concepción y este ideal social no son nuevos. Al contrario, cuando analizamos la historia de las instituciones populares: el clan, la comuna, la aldea, la unión de oficio, la *guilde* (1), y aun la comuna urbana de la Edad Media en sus comienzos, encontramos la misma tendencia popular á constituir la sociedad en esta forma, tendencia siempre obstaculizada por las minorías dominadoras. Todos los movimientos populares manifiestan más ó menos esta tendencia, y en los anabaptistas y en sus precursores encontramos netamente expresadas las ideas correspondientes, á pesar del lenguaje religioso de que se servían. Desgraciadamente, hasta el siglo pasado este ideal fué siempre impregnado de un espíritu teocrático, y es preciso llegar á nuestros días para verlo desembarazado de sus envolturas religiosas, y constituyendo una noción de la sociedad, deducida científicamente, de los hechos sociales.

Y hoy día el ideal de sociedad en la que cada uno se gobierna por sí mismo, se afirma con fuerza, al par que el comunismo se impone á nuestras sociedades por el carácter eminentemente social de su producción económica.

PEDRO KROPOTKINE.

(1) Corporación Municipal de la Edad Media.



## LA CONQUISTA DEL PAN

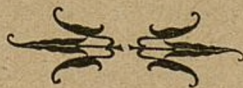
Merced á un arreglo que la Administración de esta Revista ha realizado con la de *Revista Nueva*, el libro cuyo nombre encabeza estas líneas ha pasado á nuestra disposición.

Dueños de *La conquista del pan*, hemos resuelto expender la obra de sociología más trascendental de nuestros tiempos á dos pesetas, si se adquiere directamente en esta Administración, y á 2,50, que es el precio que lleva marcado, cuando se compre por medio de nuestros corresponsales.

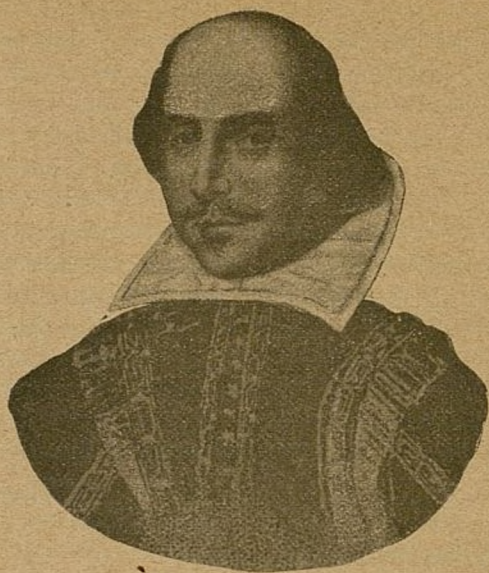
El libro consta de 300 páginas, y la edición que de él ha hecho *Revista Nueva* es la más barata que se ha editado en el mundo y la mejor que se ha impreso en castellano.

El franqueo en España corre á cargo nuestro, pero no el certificado del libro. No respondemos de los ejemplares que se extravíen en Correos si los libros no se certifican; por 25 céntimos pueden certificarse hasta 13.

Suplicamos que al pedido se acompañe el importe.







*Guillermo Shakespeare.*

Nació el 23 de Abril de 1563 en Stratford (Inglaterra). Decir que fué un carácter extraordinario, es llamarle pobre y desgraciado. Se tienen muy pocas noticias de su vida, y ni aun de sus obras se sabe el número, pues el autor murió sin poderlas ver impresas.

Sus padres eran carniceros, y dedicaron á la profesión que ellos ejercían al que había de ser uno de los más grandes poetas. Por esta razón dicen algunos biógrafos que Shakespeare no pudo asistir ó asistió muy poco á la escuela. Lo que supo, que fué muy poco, lo aprendió en la calle; lo que sentía, que fué mucho, lo llevaba dentro.

Su carácter, inquieto é independiente, le hizo emanciparse pronto de su padre, pasando los más de sus días abandonado á su suerte. Sin embargo, la necesidad le hizo adoptar gran número de profesiones, entre las que se cuentan maestro de escuela y pasante de procurador. Pero á la que mayor afición mostraba, porque en ella podía dar muestras de su valor y audacia, era á la de cazador furtivo, profesión que no había de tardar mucho en ocasionarle un grave sinsabor.

Los guardas del parque de sir Thomas Lucy le sorprendieron un día en que acababa de dar muerte á un ciervo; se le redujo á prisión, se le formó un proceso, y cruelmente perseguido, tuvo que ponerse en salvo, huyendo á Londres en 1586. De los malos ratos de aquella aventura se vengó escribiendo una aguda sátira contra su perseguidor, y más tarde retratándole en el *Falstaff* de *Las alegres comadres*. Hay que advertir que se casó á los diez y ocho años, y que al poco tiempo de casado abandonaba á su mujer por incompatibilidad de carácter.

La primera compañera que encontró en Londres fué la miseria; pero no era hombre que se dejase abatir fácilmente, y pronto encontró oficio. Las primeras monedas que ganó fueron las que le daban los señores para que les guardase los caballos mientras ellos asistían al teatro de *Black Friars*. De la custodia de los caballos pasó al hu-



milde puesto de traspunte. En 1587 obtuvo un ascenso. En la obra titulada *El gigante Agapardos, rey de Nubia, peor que su difunto hermano Angulafer*, Shakespeare fué el comparsa que llevó el turbante al gigante protagonista. Poco después se elevó de comparsa á comediante, contrayendo estrecha amistad con Condell y Hemynge, que fueron los editores de Shakespeare después de su muerte. Ejerciendo de comediante se despertaron en él sus aficiones á escribir comedias. Las primeras fueron una imitación del gusto italiano. En este corte podemos incluir *Tarquino y Lucrecia*, *Venus y Adonis* y *Los amores de Pelgrín*. Estos ensayos le valieron el dictado de poeta de lengua de miel.

En 1589 hizo su presentación como autor dramático, con *Pericles*. Desde entonces, hasta 1614, puede decirse que no pasó un solo año sin que diera una ó dos obras á la escena. De las que han llegado hasta nosotros con su nombre, 36 pueden considerarse auténticas, algunas de las cuales fueron prohibidas por la censura, á pesar de la protección que á su autor decían dispensar algunos magnates y hasta la misma reina Isabel.

En 1607 explotó ya Shakespeare el teatro en cuya puerta guardara los caballos de los señores, y más tarde arrendó *El Globo*, negocios que debieron producirle beneficios, pues al abandonarlos se hizo construir en Stratford una casa, que bautizó con el nombre de *New-Place*, con intento de pasar en ella su vejez.

Antes de jubilarse como autor dramático, hizo frecuentes viajes de Londres á Stratford, deteniéndose en Oxford y hospedándose en la *Hostería de la Corona*. El dueño del establecimiento tenía una mujer joven y bella, en compañía de la cual solía olvidarse nuestro poeta de que tenía que proseguir su marcha. En 1607 la joven hospedera dió á luz un niño, al que se le puso por nombre *Williams*, convertido en sir Williams Dadvenant, en virtud de una carta de nobleza otorgada por Carlos I. Williams Dadvenant, en 1644, esbribía á lord Rochester: «Sabad esto, que hace honor á mi madre: soy hijo de Shakespeare.»

En 1613, hallándose en Stratford, Shakespeare no pudo volver á Londres por falta de fondos, y contrajo un préstamo hipotecando aquella casa que construyera como refugio para la vejez, á la que no había de llegar.

A partir de 1613 no salió de *New-Place*, olvidando los dramas por las flores de su jardín, notas hermosas que da la Naturaleza, tan bellas como la que había producido el inmortal poeta. El 25 de Marzo, sintiéndose mal de salud, otorgó testamento, muriendo el 23 de Abril, á los cincuenta y dos años de edad. Hase creído que el día de su muerte había coincidido con la muerte de Cervantes. Hoy se ha visto que la diferencia entre el calendario inglés y el español, debida á la aceptación de la corrección gregoriana, coloca los dos 23 de Abril á algunos días de distancia.

El catálogo de sus obras dramáticas, por orden cronológico, es el siguiente:

*Pericles* (1589); *Enrique VI* (1589-91); *El sueño de una noche de verano* (1592); *Los desprecios* (1593); *La salvaje domada* (1593); *La enfadosa corregida* (1594); *Penas de amor perdido* (1594); *Los dos gentiles hombres de Verona* (1595); *Romeo y Julieta* (1595); *El Rey Juan* (1596); *Hamlet* (1596); *Ricardo II y Ricardo III* (1597); *Enrique IV* (1597-98); *El mercader de Venecia* (1598); *Todo lo que es bueno acaba bien* (1598); *Enrique V* (1599); *Como querais* (1600); *Mucho ruido y pocas nueces* (1600); *Las alegres comadres de Windsor* (1601); *Enrique VIII* (1601); *Troilo y Crésida* (1602); *Cautela contra cautela* (1603); *Cuento de invierno* (1604); *El Rey Lear* (1604); *Cymbelina* (1605); *Macbeth* (1606); *Julio César* (1607); *Antonio y Cleopatra* (1609); *Coriolano* (1610); *Timón de Atenas* (1610); *Otelo*



(1611); *La tempestad* (1612); *El día de los Reyes* (1614), y *Tito Andrónico*, cuya época no puede fijarse.

En vida pasó Shakespeare muchas amarguras; se vió insultado y escarnecido. Mordido por la envidia y mancillado por una nobleza bárbara, se le tachó de plagiarío, y murió sin gloria ni dinero.

De 1640 á 1660, los puritanos abolieron el arte y suprimieron los espectáculos. Al restaurarlos, el nombre de Shakespeare fué olvidado. Se le declaró fuera de uso y pasado de moda. Los nobles le habían condenado y nadie se atrevía á protestar de aquel latigazo que se daba al genio. Un tal Nahun Tafe publicó en 1707 un *Rey Lear*, «que había tomado la idea de una tragedia de *no sé qué autor*, que había leído por casualidad». Aquel *no sé qué autor* era Shakespeare.

El gran trágico distinguióse por una libertad que no admitía más regla que su genio. No existía espacio que no salvase ni ley artística que no burlara. Por encima de todo criterio oponía el suyo, y donde estuviese él estaba la verdad histórica, la belleza artística, la última palabra del mundo real y del mundo ideal. Como todos los grandes caracteres, fué su propio maestro. Shakespeare hubiera sido Shakespeare en cualquier época y en cualquier parte del mundo; y como todos los que en arte, en ciencia ó en sociología se adelantan á su tiempo, fué víctima de sus contemporáneos. Ahora, cuando se ha marchado para no volver; cuando todo lo que se haga á su memoria es completamente inútil, se le construyen pedestales y coronas; pero ahora también fórjanse las cadenas y los sinsabores que han de servir para amargar y esclavizar la vida de los que en arte, en ciencia y en sociología no piensan ni sienten como piensa y siente el vulgo que domina. Mañana se les hará justicia, como hoy se hace justicia á Shakespeare; pero mañana... *habrán muerto*. Y mientras haya reglas y leyes é intereses y poderes que los amparen, el genio, como sér más perfecto que los demás, será una dificultad al funcionamiento de este engranaje *legal* y una víctima de los que en él amparan sus privilegios ó sus preocupaciones.

---

## LA REVISTA BLANCA

---

### **Sociología, Ciencia y Arte.**

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.







# CIENCIA Y ARTE

## CIENCIA Y SOCIALISMO

En política se busca la libertad; en economía, la igualdad; en ciencia, la certeza; en medicina, la salud, y en higiene el vigor. Este es el camino que seguimos: cinco aspiraciones que constituyen el objetivo de nuestra existencia. Abarcan ellas el hombre libre, el hombre sabio, el hombre fuerte, el hombre con sus grandes energías y sus no menos grandes empresas.

No sé si todo el mundo alcanza lo que nos falta para ser hombres, para ser hombres tal como la Naturaleza señala.

Las epidemias se ceban en las grandes ciudades por un principio general que á todos alcanza: por la falta de higiene; pero si en un momento dado pudiera cambiarse la población de la ciudad apestada por la del campo, la epidemia decrecería. ¿Por qué? Porque habitarían en el foco infestado hombres más vigorosos, más fuertes y resistentes al contagio.

Se desprende de aquí que, cuando á la falta de higiene no acompaña un cuerpo endeble, la enfermedad contagiosa no halla elemento para desenvolverse, y que, cuando á la enfermedad se une aquella falta, los estragos son desastrosos.

Ahora bien; la falta de higiene es el principio de todas las enfermedades; es, como si dijéramos, el medio que necesitan para su desarrollo, y es tanto más de temer, cuanto es también uno de los factores que entran en la decadencia, en la debilidad humana que prepara bien á nuestro organismo para ser pasto de las epidemias.

Si la falta de higiene fuese una causa natural, las enfermedades contagiosas y aun las no contagiosas, porque al fin y al cabo un sér débil, orgánicamente considerado, está dispuesto para adquirir cualquier dolencia, serían naturales también. Pero no; la higiene no es posible donde falten medios educativos y medios materiales, aquellos que son una consecuencia del conocimiento de la bondad de los agentes atmosféricos y de los recursos con que uno cuenta para poner en práctica lo que sabe sobre las condiciones que han de reunir el vestido, los alimentos y las habitaciones.

¿De qué sirven hoy al pobre estos conocimientos, si no cuenta con recursos para ponerlos en práctica? ¿De qué sirven á un rico sus caudales, si no conoce la manera de utilizarlos en bien de su salud ó en el de su prole?

Hemos llegado á la ignorancia y á la pobreza. ¿Son naturales? De ninguna manera; son exclusivamente sociales. Social es que unos sepan mucho y otros poco; social es que éstos sean ricos y aquéllos pobres. Y si las causas son sociales, ¿cómo pueden serlo los efectos? ¿Cómo no han de ser una consecuencia del actual régimen la debilidad orgánica que ofrece primera materia á las epidemias y la falta de higiene que es el germen de todos los males?



La sangre, como el aire, tiene una constitución química, y como aquél está sujeta á un sin fin de mezclas y de alteraciones. Los buenos elementos constitutivos del líquido venoso pueden aumentar ó disminuir, según lo que coma y lo que respira el individuo y según el trabajo que ejecute. Si come mucho y trabaja poco aumentan de un modo excesivo; por el contrario, si trabaja mucho y come poco, disminuyen extraordinariamente. Esta labor contra el funcionamiento regular de nuestro organismo, no es sensible mientras el cuerpo no ha concluido con sus grandes recursos constituyentes, con sus ahorros vitales y hasta con la propiedad de hacerlos. Los pulmones con el estómago, constituyen los órganos reparadores por excelencia, y lo mismo cuando nos falta comida suficiente y asimilable que cuando nos falta aire puro, el cuerpo experimenta cansancio, debilidad, anemia.

En cuanto á la respiración, le sucede lo que al estómago, que necesita determinada cantidad y determinadas substancias para cumplir su cometido en la economía animal. El pulmón necesita más ó menos oxígeno para regularizar la parte constitutiva del líquido venoso según llega á los vasos purificadores, más ó menos impura, producto de las comidas, de los trastornos orgánicos, etc.

Si se respira aire impuro, la sangre se envenena; si se come poco ó se comen substancias malas, la sangre pierde glóbulos y albúmina; preséntase la anemia. ¿Qué es la anemia en este caso? Una consecuencia de la escasez. Y ¿qué es la escasez? Una consecuencia de la sociedad, puesto que probado está, y si no lo estuviera, el mismo sentido común lo dictaría, que la Naturaleza produce para satisfacer debidamente todas nuestras necesidades materiales. De esta manera la facilidad á contraer enfermedades nace de la insuficiencia de los materiales de reparación, respiratorios ó alimenticios. El resultado será siempre una condenación y una censura contra el actual régimen de la sociedad.

DOCTOR BOUDIN.

---

# LEY DE HERENCIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO POR

FEDERICO URALES

## ACTO SEGUNDO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ÉL

*Benito, Elvira, Juan, Emilio, Ricardo, dos niños, Marqués, Agustina, Rosendo y Federico.*

*(Los actores tendrán en cuenta que han transcurrido cinco años.)*

### Decoración.

Una sala amueblada con más lujo que la anterior. En medio una mesa de centro, encima diarios y libros. Sofás, sillas, balancines en varios sitios de la escena. A ambos lados dos puertas, la primera izquierda espectador es la habitación de Ricardo;



la segunda la de Emilio; la primera derecha espectador conduce á las habitaciones interiores; la segunda es la habitación de Elvira; al foro una puerta. Por el lado izquierdo se va á la calle; por la derecha al jardín. Al levantarse el telón estarán sentados Benito y Elvira. Las nueve de la mañana de un día de otoño.

## ESCENA PRIMERA

BENITO Y ELVIRA

**Benito.** La locura vendrá inevitablemente; de ella son preludio los dos accidentes que don Pascual ha sufrido. Pero de Ricardo nada tienes que temer; en él no se manifiesta el mal de familia.

**Elvira.** ¡Ha sufrido tanto doña Catalina, que me espanta la idea de sufrirlo también!

**Benito.** Tranquilízate y por Dios desecha tales pensamientos, no fuera que el mal que temes en Ricardo se presentara en ti por presunción. Además, procura mostrarte tranquila y amable con él, que he notado algo extraordinario en tus relaciones con Ricardo.

**Elvira.** No puedo remediarlo, padre mío; esta idea me domina por completo.

**Benito.** Pues ten presente que si no logras dominarla la loca serás tú, porque es serlo ver extravíos donde no los hay. Soltera, era yo quien ponía reparos al casamiento; casada, eres tú precisamente, cuando el mal, si lo hubiera, no tiene remedio.

**Elvira.** Los casos de demencia que se han presentado en don Pascual; las ideas que sobre ley de herencia he oído exponer á usted; los disgustos que á doña Catalina ha hecho sufrir su esposo; todo esto, formando una bola, que se agiganta más y más á mis ojos, me tiene preocupadísima. De noche y de día siempre pienso lo mismo. Cualquier cosa extraordinaria que note en Ricardo me parece de mal agüero.

**Benito.** ¿Pero has notado algo que justifique tus temores?

**Elvira.** Sí, señor.

**Benito.** ¿Qué?

**Elvira.** No obra como los demás hombres ni piensa como ellos. Diferente en todo, desde las costumbres hasta el vestir.

**Benito.** He de observarte que, con la idea dominante en ti, lo que quizás sea hijo del genio, te puede resultar hijo del loco, y lo que sin don Pascual te enamoraría, con él te intranquiliza.

**Elvira.** No, padre mío, no; no son quimeras.

**Benito.** Te digo que más me preocupa tu estado que el de Ricardo.

**Elvira.** Pues ya que no por él, hágalo usted por mí; viva en nuestra compañía y estaré más tranquila.

**Benito.** Y yo también; accedo. Hay que enterar á Ricardo; llámalo.

**Elvira.** Por él no quedará; ha salido.

**Benito.** ¡Tan de mañana!

**Elvira.** Es costumbre suya.

**Benito.** Que alabo y te recomiendo. Me voy; es tarde. Hablaré con Ricardo, y, según su contestación, me instalaré aquí el mes próximo. *(Por el foro.)*

## ESCENA II

ELVIRA

**Elvira.** *(Que se habrá levantado cuando su padre.)* ¡Qué triste se presenta mi porvenir! ¡Bien quisiera arrancar de mí este pensamiento que tanto me atormenta; pero no puedo lograrlo! Todo hace temer un fin fatal. *(A su habitación.)*

## ESCENA III

JUAN

*(Se oye un timbre y aparece Juan, del foro, parándose delante de la puerta izquierda espectador. Después de un momento, dirá:)* «Acabo de entregarla al señorito.» *(Unos cuantos segundos más sin decir nada, y después:)* Sí, señor. *(Se retira por el foro.)*



## ESCFNA IV

RICARDO (*del foro*), EMILIO (*de la segunda habitación izquierda*).

**Ricardo.** (*En una mano libros y periódicos; de la otra va cogido un niño de tres años; delante de ellos otro de cuatro*). ¿Qué de bueno, Emilio?

**Emilio.** Nada; pedía la correspondencia.

**Ricardo.** Poca tenemos hoy. (*La deja sobre la mesa.*)

**Niños.** ¡Buenos días, D. Emilio! (*Corriendo hacia él y le besan.*)

**Ricardo.** A dárselos á mamá; cuidado de olvidaros nada.

**Niños.** (*Por la puerta que conduce á las habitaciones interiores*).

**Ricardo.** (*Sentándose*). Veamos la correspondencia. (*Leen periódicos y Revistas.*)

**Emilio.** (*Después de un momento de leer*). La Revista inglesa, *Ambos Mundos*, trae una crítica de tu libro *Los tiempos que vienen*.

**Ricardo.** (*Sin separar los ojos de lo que lee*). ¿Y qué?

**Emilio.** Ya puedes suponerlo, dado el carácter de la publicación. El autor halla tu libro contrario á la libertad y misión del Estado. Por supuesto, después de ensalzar las bellezas y profundidad de tus pensamientos.

**Ricardo.** Aquí también hallo algo que me interesa.

**Emilio.** A ver.

**Ricardo.** Como ya sabíamos, el domingo se representó en París la traducción de mi drama, *Los mártires*, y la prensa de la capital de Francia habla de la tesis. En esto, como en todo, se manifiesta el espíritu de secta. La imparcialidad en arte anda por el suelo.

**Emilio.** Otra. *La España Moderna* se vuelve contra su antiguo colaborador.

**Ricardo.** ¿Esas tenemos? Se trata...

**Emilio.** De un estudio sobre el movimiento intelectual en España, que á la legua huele á Carvajosa. Compara á los que se ha dado en llamar modernistas, entre los que se nos cuenta, con los enciclopedistas franceses. Como ellos escépticos, y como ellos sin fe. Caminamos á la pérdida de los ideales...

**Ricardo.** Viejos.

**Juan.** (*Entregando una tarjeta*). Señor.

**Ricardo.** (*Tomándosela*). ¿Qué hay, Juan? (*Lee la tarjeta*). ¡El marqués de Milans! Extraña visita, á fe.

**Emilio.** ¿Retiro los periódicos?

**Ricardo.** Retira; los leeremos después. Di que pase. (*Emilio y Juan hacen lo que se les indica.*)

## ESCENA V

RICARDO Y MARQUÉS (*del foro*).

**Ricardo.** ¿A qué debo el honor de visita tan distinguida?

**Marqués.** A un asunto de relativa importancia. (*Entrega el sombrero y el bastón á Juan.*) ¿Cómo está usted?

**Ricardo.** Perfectamente; gracias. ¿Y usted?

**Marqués.** ¡Si no fuera el estómago!

**Ricardo.** Mal de gabinete, señor marqués; menos actividad al cálculo y más á los músculos.

**Marqués.** El que no trabaja queda rezagado, y ya sabe usted lo que esto significa en la vida moderna.

**Ricardo.** Sírvase usted tomar asiento. (*Se sientan los dos.*)

**Marqués.** Si usted me permite, explicaré el objeto de esta visita.

**Ricardo.** Cuando usted guste.

**Marqués.** Como usted debe saber, soy presidente de una asociación que tiene por especial misión perseguir la inmoralidad en todas sus manifestaciones. Ya comprenderá usted lo humano de nuestros propósitos: arrancar criaturas de los brazos del vicio. La entidad que me honró presidiéndola, ha seguido paso á paso la evolución de la inteligencia de usted y la de su fama. Me atrevo á decirle que no es ajena á las victorias intelectuales de D. Ricardo Alonso. Leemos é inspeccionamos todo lo que se



produce en arte, en ciencia y en sociología, y estamos al tanto de lo que hacen y lo que piensan los hombres más eminentes de Europa. Indirectamente alentamos á los que nos parecen una esperanza, y procuramos hacerlos llegar. Los fines que usted persigue, perseguimos nosotros: la moral, la perfección humana, la sociedad de Cristo. La que preside el marqués de Milans, y éste á nombre de aquélla, propone á usted trabajo bajo el plan de la asociación, y ella, en cambio, se encargará de hacerle triunfar siempre en sus luchas intelectuales y le ayudará materialmente. ¿Ha entendido?

**Ricardo.** Ciego fuera quien no viera cosa tan clara; pero están ustedes en un error.

**Marqués.** Usted se explicará.

**Ricardo.** Verdad que trabajo en pro de una sociedad más justa que la presente y para formar un hombre mejor que el actual; pero ni son mis propósitos afines á los de ustedes, ni es mi ideal el ideal suyo. Por lo tanto, no hay motivos para aunar fuerzas que, á mi entender, son heterogéneas.

**Marqués.** En parte está usted en lo cierto; pero transigiendo algo, las dificultades se allanarían por completo.

**Ricardo.** Permitame usted le diga que no me gusta transigir. ¡Si transigieran ustedes!

**Marqués.** Usted, aunque joven, ya comprenderá que esto, si fácil para un individuo, es difícil para una sociedad como la nuestra, que tiene escritos sus fines y que es de una importancia suma. Forman parte de ella hombres distinguidos por su saber, su riqueza y su santidad. Ya ve usted.

**Ricardo.** Certísimo; pero también comprenderá usted que por mi parte lo dificulta mi ideal y mis compromisos.

**Marqués.** Débiles obstáculos en los tiempos de positivismo que atravesamos. Lo que usted dice, antes otros lo han dicho; al fin todos convencidos de que estos escrúpulos son reminiscencias de la caballería andante, en pugna con el proceder del hombre moderno.

**Ricardo.** No lo considero yo así, que tengo en más mis ideas y mi palabra que las mayores riquezas. Estas de nada sirven sin una conciencia satisfecha de sus obras. Por otra parte, el apoyo que ustedes me brindan tan desinteresadamente, no me hace falta. Creo llegar por mis propias fuerzas.

**Marqués.** ¿Ha calculado usted, joven, la gravedad de sus palabras? Por lo visto desconoce el poder que en este momento representa el marqués de Milans.

**Ricardo.** ¡Gravedad! No es esta mi creencia. En cuanto al poder, no hay otro superior al de un hombre, uno solo dotado de buena voluntad. Usted me propone un plan que no acepto, en uso de mi libertad, con el mismo derecho con que usted podría rechazar otro plan mío.

**Marqués.** Usted no sabe con quién trata.

**Ricardo.** Con el señor marqués de Milans, presidente de una sociedad de fines altamente morales.

**Marqués.** ¿Está usted resuelto?

**Ricardo.** Resuelto.

**Marqués.** Vuélvalo usted á pensar.

**Ricardo.** Es inútil.

**Marqués.** Joven, calme usted sus ardores.

**Ricardo.** Friamente contesto á usted.

**Marqués.** Soy el marqués de Milans.

**Ricardo.** De Milans, sí, señor; presidente de una poderosísima sociedad.

**Marqués.** Eso es.

**Ricardo.** Pues ya ve usted.

**Marqués.** (*Levantándose*). Me retiro, sintiéndolo mucho por usted.

**Ricardo.** (*Toca el timbre.*) ¡Por mí! No sé por qué ha de sentirlo. (*Aparece Juan.*) El sombrero y el bastón del señor marqués.

**Marqués.** Ya lo sabrá usted algún día. (*Tomando el sombrero y el bastón que Juan le entrega.*) Aún es tiempo.

**Ricardo.** Usted lo pase bien, señor marqués.



**Marqués.** Igual beneficio deseo para usted. *(Por el foro.)*

# ESCENA VI

RICARDO

**Ricardo.** ¡Pobre Marqués! Intenta atemorizarme con la lucha, y ella es mi vida. Un enemigo más, de los que entran pocos en libra. *(Toca el timbre y aparece Juan.)* Participa a la señorita mi llegada.

**Juan.** Ya está, señorito.

**Ricardo.** Bien, retírate. *(Juan obedece. Ricardo, después de un momento pensativo.)* De algún tiempo a esta parte noto algo extraordinario en Elvira. *(Se pasea triste.)* No puedo dar con el por qué de su mudanza. La trato bien, me llevo perfectamente con ella... en fin, no sé a qué atribuir su modo de proceder. ¿Será que le canso? ¿Que no me ama quizá? Por ella y por mis hijos lo sentiría. Rara, muy rara es su conducta. ¡Bah! No nos precipitemos.

# ESCENA VII

ELVIRA Y RICARDO

**Elvira.** *(De las habitaciones.)* ¿Me llamabas, Ricardo?

**Ricardo.** No te llamaba; pero ya sabes que no sé trabajar sin besarte.

**Elvira.** Capricho raro.

**Ricardo.** Necesidad del alma.

**Elvira.** *(Triste.)* Además tenía que hacer, y me supo muy mal dejarlo.

**Ricardo.** ¿No te hallas bien, Elvira?

**Elvira.** ¿Por qué me lo preguntas?

**Ricardo.** *(Sentándose.)* Siéntate. *(Elvira lo hace muy por fuerza.)* ¿Sabes tú lo que exige el amor cuando lo siente una naturaleza como la mía?

**Elvira.** Ricardo, ¿tu pregunta!...

**Ricardo.** Naturalísima; me explicaré. El carácter de nuestro amor, cuando aún no habíamos satisfecho sus deseos, era como debió ser el de los más grandes enamorados que narra la Historia. Pensar en el deseo, era empequeñecerlo; una acción materialista, mancha de barro en la limpia superficie de blanca sábana de nieve. A medida que iba cumpliendo mis grandes cualidades de hombre, produciendo física é intelectualmente, iba espiritualizando mi cerebro y materializando mi cuerpo. Una pluma con la cual exponer lo que yo pensaba; una mujer con quien satisfacer lo que yo sentía. Y la pluma volaba, volaba sobre el papel, y el corazón latía con violencia tal, que parecía decirme: «Ama, ama, ama». Cuanto más tiempo pasaba, más amor sentía por ti y más quería a los libros. Sí, sí; el hombre ni es entero ni es hombre sin amar inmensamente y sin aspirar a cosas inmensas. Un ser sin cerebro bien dispuesto para pensar y sin corazón bien hallado para amar mucho, mucho, como amo yo, con fuego...

**Elvira.** ¡Ricardo, sosiégate!

**Ricardo.** Hombres así son los que constituyen esta sociedad escéptica, incrédula, embrutecida. En lugar de amar a la mujer, por ser amiga y por ser mujer, ama... pensarla sólo hace acudir el rubor a mi rostro; en lugar de ideas, concibe extravagancias. Yo, Elvira querida, seré o no seré un genio; lo que sí puedo asegurarte es que soy un hombre que desea ser amado, no con tibieza; con ardor. ¿Te inspiro yo ese cariño, Elvira? ¡Por qué no decírtelo! Noto en ti cierta frialdad; noto que tu corazón retira al mío su afecto. ¿Es verdad, Elvira, lo que sospecho? ¿Es cierto que no me amas?

**Elvira.** ¡Escucha, Ricardo, por Dios! No te hallas en condiciones para comprender el alcance de la contestación que yo podría darte.

**Ricardo.** ¡Que no te comprendería! No sé por qué. ¡Que no me hallo en condiciones para apreciarlo! No sé por qué, tampoco. ¿Me amas o no me amas? Una de esas cosas: sí, o no. ¿Algo más claro? Con seguridad que no lo hay.

**Elvira.** *(Intranquila.)* Te amo, Ricardo; te amo.

**Ricardo.** Pues no me amas. Afirmación tan fría es una negación en amor. Ahora bien; yo necesito ser amado, ¿lo oyes? Lo necesito y tú no me amas. Como yo



tengo más poder que mis pasiones, á pesar de ser tan poderosas, y sé que debo respeto á las ajenas, ceso de amarte.

**Elvira.** Pero, Ricardo, si no es eso. No me comprendes.

**Ricardo.** Es inútil, y lo adivino todo.

**Elvira.** Escucha. Yo te amo tanto ó más de lo que te amaba antes; pero...

**Ricardo.** Pero, ¿qué?

**Elvira.** Como tienes este genio tan vivo y enérgico, á veces te tengo miedo.

**Ricardo.** ¡Ah! ¿Con que tienes miedo á Ricardo, al querido de los niños, de las personas débiles, de los viejos? ¿Con que tienes miedo al que cuando era niño le llamaban hombre y ahora que es hombre le llaman niño? Está bien; jamás he querido inspirar otra cosa que amor, y resulta que inspiro lo contrario á persona gratísima para mí. Errado anduve, por cierto. Adiós, Elvira. *(A su habitación.)*

### ESCENA VIII

ELVIRA

**Elvira.** ¡Ay de mí! ¡Qué susto! Esto no puede continuar. Avisaré á papá. El genio de Ricardo me tiene continuamente asustada; en lugar de calmarse se exaspera más aún. No hay tiempo que perder. *(Dirigiéndose á su habitación.)*

### ESCENA IX

ELVIRA Y JUAN

**Juan.** *(Del foro, con una carta en la mano).* De parte de la madre del señorito, con mucha urgencia.

**Elvira.** ¿Para él ó para mí?

**Juan.** Para el señorito.

**Elvira.** Está en sus habitaciones. *(Juan entra, y sale después.)*

### ESCENA X

ELVIRA

**Elvira.** ¿Qué será, Dios mío, con tanta urgencia? ¿La locura, quizá? doña Catalina no acostumbra á mandar recados sin grandes motivos. ¡Si pudiera enterarme! *(Se acerca quedo á la habitación de Ricardo; hace demostraciones, por medio de las cuales el público ha de comprender que dentro de la habitación de Ricardo pasa algo extraordinario. Después de algunos segundos, huye en dirección á su cuarto, dando gritos de terror.)*

### ESCENA XI

ELVIRA, RICARDO Y EMILIO *(de sus respectivas habitaciones).*

**Ricardo.** *(Gritando).* ¡Emilio, Elvira, Emilio! *(Al llegar á la puerta y notar el terror de que está poseída Elvira, se detiene sorprendido.)*

**Elvira.** *(Asustada).* ¿Qué pasa?

**Ricardo.** Eso iba á preguntar yo; ¿qué te pasa? *(Elvira quiere contestar, pero no sabe qué.)*

**Emilio.** ¿Qué sucede?

**Ricardo.** Papá está mal, y mamá pide que vaya á verla inmediatamente. Despacha la correspondencia tú solo, contestando las cartas más indispensables. *(A Elvira.)* No te intranquilies; mandaría recado si hubiese necesidad de pasar la noche allí. Que nada falte á mis hijos. ¡Adiós! *(Por el foro.)*

**Emilio.** ¡Adiós, Ricardo!

**Elvira.** ¡Adiós!

### ESCENA XII

ELVIRA Y EMILIO

**Elvira.** ¿Qué será?

**Emilio.** Nada; un pasajero accidente.



**Elvira.** ¿Lo cree usted así?

**Emilio.** Pchs...

**Elvira.** ¡Ay! Sospecho que se han realizado mis temores.

### ESCENA XIII

EMILIO, ELVIRA Y BENITO (*del foro*).

**Benito.** ¿Dónde va tan de prisa Ricardo?

**Emilio.** A casa de sus padres.

**Benito.** ¿Hay alguna novedad?

**Elvira.** Mamá ha mandado recado pidiendo que Ricardo fuese á verles en seguida.

**Emilio.** Parece que don Pascual está grave.

**Benito.** Voy á verle, y vuelvo al momento. El coche espera en la puerta, y como la casa de don Pascual está cerca, es cuestión de minutos. (*Por el foro.*)

### ESCENA XIV

ELVIRA Y EMILIO

**Emilio.** Si usted no dispone otra cosa, voy á despachar la correspondencia.

**Elvira.** Usted es dueño, Emilio. (*Este á su habitación.*)

### ESCENA XV

ELVIRA

**Elvira.** ¡Ah! Lo de aquel día me vuelve loca y desespera. Aquí el licor desparado por el suelo; allá las botellas rotas, y en medio de este fondo mísero é inarmónico, el cuerpo de don Pascual, maltrecho, sucio, con todos los caracteres de un gran desgraciado. (*Pensativa un momento.*) ¡Horror! Si algún día hallara á Ricardo en tal estado, con seguridad que no lo resistiría. Esto es espantoso. No, no quiero pensarlo; no quiero. Tú no querrás, Elvira; tú no querrás; pero aquel cuadro maldito está siempre grabado aquí, aquí, como si quisiera demostrarte el triste fin que te espera.

### ESCENA XVI

ELVIRA, AGUSTINA Y ROSENDO (*del foro*).

**Agustina.** Buenos días, hija mía. (*La besa.*)

**Elvira.** (*Devolviendo el beso.*) Buenos días tenga usted, doña Agustina. ¿Cómo está usted, D. Rosendo?

**Rosendo.** Fuerte como un roble.

**Elvira.** Dichoso usted. Háganme el favor de tomar asiento. (*Lo hacen todos.*)

**Agustina.** Hay que conformarse. Dios nos envía estas grandes desgracias para fortalecernos y demostrarnos su poder, caso de que lo hayamos olvidado.

**Elvira.** ¿Están ustedes enterados?

**Agustina.** Federico ha oído cómo lo relataban en la Asociación de la Prensa; pero mayores disgustos no vengan.

**Elvira.** ¿Mayores?

**Agustina.** ¡Ah! ¡Quién sabe el papel que la Providencia nos tiene reservado! ¿Y si se muriera el padre de usted ó uno de sus hijos, ó sucediera lo que se decía hoy entre la gente de letras?

**Elvira.** (*Con interés.*) ¿Qué?

**Agustina.** Nada; no haga usted caso; habladurías de gente desocupada. Esos que entienden de letras son peores que las mujeres en materia de murmurar del prójimo. Figúrese usted... Pero le advierto que no haga usted caso.

**Elvira.** Hable usted, doña Agustina; hable usted.

**Agustina.** Pues decían si en Ricardo se habían notado síntomas de la enfermedad que padece su padre, y que no sería extraño que cuando fuera para viejo la padeciera.



**Elvira.** ¡Eso más! ¡Ay, doña Agustina! ¡Ya me lo temía, ya me lo temía! *(Llora.)*  
¡Pobre de mí!

**Rosendo.** ¡Ah! ¿Conque ya lo temía usted? ¿Había notado algo?

**Elvira.** No, señor.

**Agustina.** Pues yo sí, y Federico también ha notado...

**Elvira.** ¿Qué?...

**Agustina.** Lo dirá él cuando venga. Yo sólo puedo decir á usted lo que se dijo en una reunión de señoras, y es que Ricardo tendrá mal fin, porque no cumple los Mandamientos de la Iglesia. Esto, como comprenderá usted, difícil es que obtenga el perdón de Dios.

**Rosendo.** ¿Y aquello de la ley de herencia que Federico sabe tan al dedillo y que no se cansa de repetir?

**Agustina.** No me acordaba. Entre la gente de letras se da mucha importancia á eso de la ley de herencia. ¡Quién sabe si es ya un castigo de Dios! Yo, en su lugar, Elvira... no sé... No todos somos como la virgen inmaculada, ni todas tenemos su resignación. Hay cosas propias de los santos y que los mortales no podemos practicar; sin embargo, en el caso de usted haría actos de contrición y me impondría penitencias, á fin de calmar la santa indignación de que Dios debe de estar poseído.

## ESCENA XVII

LOS MISMOS, BENITO *(del foro)* y después EMILIO *(de la puerta segunda izquierda)*.

**Benito.** ¿Lloras?

**Agustina.** Hemos venido á prepararla á fin de que el golpe no fuese tan rudo.

**Benito.** *(Sarcasmo.)* Al verles lo supuse; la misma operación realiza Federico cerca de Ricardo.

**Elvira.** ¿Cómo está don Pascual.

**Benito.** Mal, hija mía.

*(Aparece Emilio, y sin decir nada estrecha la mano á Rosendo y saluda á Agustina con una ligera inclinación de cabeza.)*

**Elvira.** ¿No hay esperanza?

**Agustina.** Dios sobre todo.

**Benito.** Ni una.

**Elvira.** ¿Ni para evitar la otra desgracia.

**Emilio.** ¿Cuál?

**Elvira.** La que amenaza á Ricardo.

**Benito.** ¡A Ricardo!

**Rosendo.** ¿No saben ustedes lo que se dice?

**Agustina.** En todas partes; en la Asociación de la Prensa, en el local de la Beneficencia pública... Hoy mismo nos ha visitado el señor marqués de Milans y lo ha dicho también.

**Emilio.** Pero ¿qué?

**Rosendo.** Que Ricardo tiene enfermo el juicio. *(Benito contesta con un gesto de desprecio.)*

**Emilio.** ¡Caso raro! Precisamente los sitios concurridos por la familia Ruiz.

**Agustina.** Querrá usted suponer...

**Benito y Elvira.** *(Escena muda.)*

**Emilio.** *(Acercándose y en voz baja.)* Que son ustedes una familia providencial para la de don Ricardo.

**Agustina.** ¡Ah, la bondad debe manifestarse con hechos!

**Emilio.** ¡Ya quisiera yo ser objeto de sus bondades!

**Agustina.** ¿Quién sabe? La vida nuestra es un misterio. Mejor sería que no necesitara usted consuelos; pero tales cosas pudieran suceder...

**Rosendo.** He oído la voz de Federico.

**Benito.** Vendrá Ricardo también. *(A Elvira.)* Serenidad. *(Elvira se enjuga las lágrimas; Emilio se retira á su cuarto; Benito apoya la cabeza en la palma de la mano; Agustina y Rosendo se levantan.)*



## ESCENA XVIII

LOS MISMOS, MENOS EMILIO, RICARDO Y FEDERICO (*del foro*).

**Ricardo.** (*Después de pasar una mirada tranquila por el semblante de todos*). ¿De quién es padre el pobre padre mío? Mejor parece de ustedes que de quien lo es. ¡Fuera esta tristeza y estas lágrimas! Lloran todos los padres, todos los hijos y todas las esposas. ¿Halla el mal remedio por eso? No. ¿A qué desesperarse, pues? (*Un momento de pausa durante la cual se sentarán todos menos Federico y Emilio*.) Además, que no es para tanto. Algún día hemos de morirnos, y mejor es la muerte que la vida sufriendo. ¿Qué hace papá en este mundo si no hacer sufrir y padecer? Así, pues, su muerte, si viene, más habría de alegrarnos que de entristecernos. Los enfermos, aun de aquellas enfermedades que escapan a los conocimientos de la gente, son los seres más desgraciados, y como un desgraciado no es ni deja ser feliz a los que con él se relacionan, siempre que acontezca la muerte de uno de esos infelices, la Humanidad gana, y el individuo, en lugar de estar triste, debiera alegrarse; porque la muerte de un hombre que jamás ha gozado ni ha dejado gozar, supone la felicidad para aquellos que tenían relación con él y que sufrían con el sufrir suyo.

**Benito.** ¿Qué está diciendo ese desgraciado?

**Ricardo.** (*Que no habrá cesado de hablar*). Y yo, amante del hombre y de su felicidad, he de ver y veo con júbilo la desaparición de los mal dispuestos para vivir.

**Elvira.** (*Mirará a Ricardo con espanto, y después dirá entre sollozos*). Dios mío, todo se ha perdido.

**Agustina.** (*Levantándose, y a Benito*). Los amigos son para estos casos.

**Federico.** (*A Elvira*). Son más las desgracias de usted.

**Rosendo.** (*Que se habrá levantado cuando Agustina*). Señores, lamentamos en el alma las penas que sufren ustedes. (*Los tres por el foro*). (*Elvira se levanta sollozando y sosteniéndose apenas; Ricardo, al comprenderlo, se apresurará a sostenerla; Benito se anticipa a Ricardo, y apoyada del brazo de su padre, Elvira entra en su habitación; Ricardo, al verse solo, mirará a todos lados con extrañeza, no sabiendo explicarse el vacío que nota a su alrededor*.)

(Fin del segundo acto.)

---

## LOS ESTRENOS

---

**LA ENAMORADA:** Comedia en cuatro actos de Marco Praga, traducida al español por Manuel Bueno.

Al levantarse el telón, el espectador se encuentra con dos hogares que parecen dos infiernos.

Claudio, esposo de Julia, adora a su prima, la condesa de Alcázar; la condesa está locamente enamorada de su marido, y éste ha perdido el juicio detrás de la esposa del primero. El amor que el conde siente por Julia, ha llegado a mayores; no así el que siente el esposo de ésta por la condesa, pues si la de Alcázar es recatada, Claudio es un espíritu timorato y débil. El conde comprende el cariño que aquél siente por la condesa, y comete la villanía de decir a Julia que su marido le es infiel. No sabemos lo que el conde se propone con esta mentira a medias; si alcanzar los favores de Julia, ó si, alcanzados, procura justificar sus desvaríos con los pretendidos deslices de Claudio. Celosa la condesa y obrando como celosa, hace descerrajar el *secreter* del conde, creyendo encontrar en él las pruebas de sus falsías. No iba errada la condesa:



se hallaron las pruebas en forma de un paquete de cartas, dentro de las cuales encontré el retrato de la persona que las había escrito; el retrato de Julia. Esta sabe del hallazgo cuando de los actos del conde puede sospecharse que se ha enfriado el amor que sentía por la esposa de Claudio, y amenaza con un escándalo si no se le devuelven las cartas. Pídelas el conde á la condesa, prometiendo enmendarse y no volver á pecar; cándida y bondadosa aquélla, entrega á su esposo las comprometedoras misivas, y cuando el conde se ve dueño de ellas, en lugar de entregarlas á Fernando, un amigo que le enterar de los propósitos de Julia y que se presta á servir de correo á los dos amantes, corre él mismo á ofrecer á la casquivana Julia los documentos codiciados, más loco de amor que nunca. Mortal golpe recibe la condesa; en sus delirios, planes criminales concibe. ¿Matará á Julia? ¿Delatará sus desvarios al esposo burlado? El amor que siente por el conde, es de aquellos amores fanáticos, ciegos, que hacen perder la dignidad al que lo padece, y la condesa descende hasta pedir por favor á su rival que le devuelva al esposo amado. A tal petición contesta Julia como quien es, pues contesta diciendo, que si ella tiene relaciones con el esposo de la condesa, ésta las tiene con el esposo de Julia, y para mayor crueldad, á esta carta acompaña la que el conde le ha escrito momentos antes proponiéndole una fuga. La de Alcázar se desespera, no sabe qué hacer ni qué partido tomar, hasta que al ir á esconder aquellas dos cartas que tan cruelmente le hieren como mujer y como esposa, en el mismo *secreter* donde encontrara las que le descubrieron el amor que su esposo siente por Julia, sus manos tropiezan con un revolver, con el cual se suicida. Acuden Claudio y Fernando, el primero, en alas del puro amor que siente por la condesa; el segundo, en las del interés que toma por la tranquilidad de aquella familia; acude el conde, que poco antes había salido con propósitos de no volver y pide perdón á la moribunda. La condesa muere reclinando su hermosa cabeza en el pecho del esposo engañado, de su amante platónico. Este es el argumento de *La enamorada*.

¿Reune todas las circunstancias que ha de reunir una obra teatral para que tras-pase las fronteras? Veámoslo.

Como puede haber visto el lector, la novedad del caso no justifica el privilegio, que tanto del traductor como del director ha merecido *La enamorada*. ¿Lo merece por su estructura? El mayor defecto de la obra consiste en que no da argumento para cuatro actos, y así, el autor, al escribirlos, ha tenido necesidad de hinchar las escenas. Las hay en el primer acto que pueden calificarse de pesadas, y de inexperto al autor que las ha escrito, aunque se llame Marco Praga.

El segundo, tiene escenas hermosísimas por su naturalidad y sencillez; á pesar de lo cual hemos de decir, que el *secreter* es un mueble demasiado usado en estos casos, y que pocos maridos calaveras guardarán en él sus secretos de amor, sobre todo cuando se coloca á la vista de una mujer celosa como la condesa.

No sabemos cómo andarán en Italia los asuntos de Correos; pero se nos antoja que sólo puede tolerarse en España que los telegramas lleguen segundos antes que la persona que los expida anunciando su llegada.

¿Por qué el conde corre á postrarse á los pies de su amada Julia, cuando logra que la condesa le devuelva las cartas, y no cuando Fernando le anuncia la preferencia que Julia siente por un rico malagueño? ¿Es más natural? No. Lo humano hubiera sido, en un carácter como el del conde, huir impulsado por los celos. Se dirá: «El conde quería evitar el escándalo anunciado por su querida y que evitaba devolviéndole las cartas.» ¿Qué escándalo puede temer un hombre, cuyas faltas conyugales



no son un secreto para la esposa ofendida ni para el público, y que sostiene relaciones con una mujer que lo ha perdido todo, según la frase gráfica de Fernando?

Con la huida del conde, Marco Praga quiso demostrar que las pasiones dominan siempre á los hombres. Conformes; pero el autor podía encontrar un motivo pasional precisamente y no un medio efectista.

¿Por qué á la condesa le da el capricho de querer depositar las amargas cartas que recibió de su rival en el mismo sitio donde encontrara las que le descubrieron su inmensa desgracia? No hay aquí hecho racional que lo abone, ni la ofuscada inteligencia de la condesa podía iluminarse con una idea que no tuviera relación con sus sufrimientos. ¿Quiso que el conde encontrase aquellos documentos? ¿Para qué? La condesa no lo dice; pero nosotros podemos decir que quizá lo hiciera para hacer comprender al conde, con la lectura de la carta, que su querida había enviado á su esposa la diferencia moral que de una á otra existía. Sólo á este deseo *podía* obedecer la condesa; sólo así se *comprendería* que tuviese interés en que el conde leyera la carta de referencia; pero entonces el sitio designado para ponerlas era encima del escritorio de su marido, entre la correspondencia, donde encontrara la primera misiva de Julia que le hizo entrar en sospechas.

A Marco Praga debió ocurrírsele la idea; pero tropezó con la dificultad de que entre la correspondencia no podía encontrarse el revólver que hacía falta para sugerir y facilitar el suicidio de la enamorada. Cuando uno se llama Marco Praga tiene el deber de justificar la acción de los personajes creados y de no mover la pluma hasta que las soluciones fáciles hayan desaparecido de la imaginación del autor, empujadas por las verosímiles.

Además, la condesa se suicida al cuarto de hora de haber salido el conde con intenciones de huir con Julia, y el autor lo hace aparecer de nuevo al final de la obra para que pida perdón á la condesa y sacar un insignificante efecto moral de la comedia; pero esto sucede contra la realidad del tiempo, del modo de ser del personaje y sin que lo exija, ni el efecto dramático, ni el arte; al contrario, el arte sale perdiendo, porque hubiera sido mucho más hermoso el que María muriese en brazos de Claudio, de su amante platónico, del esposo engañado por el conde, que acude al oír la detonación y de cuya escena hubiera podido sacar muchas bellezas un espíritu artista. ¿Con qué motivo un corazón delicado como el de Claudio y un sentimiento vehemente como el de la condesa, corren el peligro de ser oscurecidos por el convencionalismo de una moral prostituida como es la que representa el conde al pedir perdón á la víctima de sus frivolidades? La presencia del marido allí es una nota inarmónica, antiestética y además representa una concesión que el autor hace á las preocupaciones del público. María había de morir abrazada al cuerpo de Claudio, proclamándolo objeto del amor que sentía por un marido indigno.

Se trata de un autor que goza fama en su país y en el nuestro y es necesario ser exigentes con los que han llegado. Fuera la obra de un principiante y hubiera obtenido nuestra benevolencia.

No dejaremos la pluma sin decir, que cuando en España existen autores que no pueden colocar sus obras, es una injusticia que se traigan del extranjero comedias que no llegan á medianas, como las traducidas y representadas en lo que va de temporada.

Manuel Bueno, autor de la traducción, ha realizado una maravilla; el diálogo es inmejorable.

UNO DEL PÚBLICO.





## SECCION LIBRE

### EL CARÁCTER DE FRANCIA

Recuerdo que pronto se cumplirán dos años que, con motivo de la agitación que empezaba á promover el asunto Dreyfus, notables escritores franceses y españoles redactaron sendos artículos que, con el epígrafe *Cómo está Francia*, recorrieron las columnas de todos los periódicos.

Con aquella galanura propia de quien está versado en el manejo de la pluma y no con falta de elevadas miras, aquellos hombres públicos propusieron divulgar los errores del tribunal francés al condenar á Dreyfus y los artificiosos manejos de la gente reaccionaria, empeñada en abórtar la campaña que en favor de la revisión se había iniciado.

El conocimiento que tengo del carácter francés y de las preocupaciones que sufre, á pesar de afirmar algunos que la republicana Francia es el mejor de los mundos, hacía nacer en mí el deseo de llenar algunos lunares que ciertamente por razón de egoísmo patrio se notaban en aquellos tan correctos escritos.

Francamente, no lo hice; reconocíme falto de toda cualidad para emprender, pluma en mano, empresa tan superior, al propio tiempo que quise dar satisfacción al temor, que no sé por qué se engendró en mí, de ser nota discordante en el concierto de voluntades que hacia un objeto noble y justo se dirigían.

Yo tenía la firme convicción de que el pueblo francés, el pueblo que trabaja y sufre todas las contingencias de una organización fatal, había de ser, por razones que se omitían, el más feroz adversario de la luz y, por triste consecuencia, el obstruccionismo que se interpondría á toda idea de justicia. ¡Dolorosa realidad! Los tiempos se han sucedido, y, con pena, mi convicción no ha logrado modificarse. Toda modificación, por el orden de sucesos allí ocurridos, hubiera sido atentatoria á la verdad, y ante ella, yo entiendo que ningún otro interés debe prevalecer, por más que hombres de potencia intelectual lo reconozcan distintamente.

Es, á mi criterio, atentar á la verdad atribuir á un pueblo un grado de civilización que no posee. Afirmar que la moral impera en un pueblo embrutecido. Aceptar por seres emancipados á los esclavos. Y todo esto, que ya entendía entonces con respecto á la masa general de los franceses, apareció oculto en los artículos referidos, puesto que únicamente se hacía responsable de la resistencia opuesta á los fueros de la justicia, á los intereses despóticos de la garrulería clerical y antisemita. Es la verdad, pero no es una verdad completa.



De mis conocimientos deduzco que la responsabilidad debe alcanzar también á todos los republicanos demócratas, socialistas y revolucionarios. Y me explicaré.

El fanatismo, la inconsideración, la intolerancia se ha demostrado en todos los partidos, en todos los bandos, así en los absolutamente reaccionarios como en los que no pretenden serlo, y los hombres que debían preferir librar á las masas de esos graves defectos han optado por encerrarse en los limbos gubernamentales sin preocuparse, amén de otros perjuicios morales, de la resistencia que un día podía venirles de abajo. Es la fealdad de todos los políticos. Miden siempre el progreso de los pueblos desde los escaños del Congreso ó desde los despachos de los ministerios, no entrando jamás en ellos el propósito de comprobarlo en las inmundas cuadras de una fábrica, en la negra penalidad de los talleres, ni en los tugurios donde hacinados viven los Cristos del siglo XIX.

Abandonado, pues, el paria de todas las edades á su siempre triste y embrutecida suerte, pudo llegar un día á despreciar el Dios sin filosofía que la religión desde mucho tiempo le había impuesto; pero no estaba en él el medio activo y vigoroso de desembarazarse de ese absurdo que le sujeta á esperar de los otros lo que debiera conseguir por sí mismo. Dejó de creer en el Dios-Hombre para creer en el Hombre-Dios. Sustitución de modo. El mal, por lo tanto, sigue residiendo en el mismo lugar.

No desaparecida así la complicación peligrosa que coloca al hombre por debajo de los salvajes, ya que sabido es que el fanatismo es el engendro terrible de los hechos más innobles é impíos, natural era que llegara el momento de presenciar el vergonzoso espectáculo de que los desvalidos arremetieran contra sus redentores.

La mano alevosa que locamente ha pretendido solucionar un conflicto disparando su revólver contra el abogado defensor de Dreyfus, constituye una prueba que, no obstante, cedería en trascendencia si no existieran otras precedentes, no de tanta notoriedad, pero que evidencian la misma venenosa semilla. Citaré alguno.

En un pueblo del Norte, que no precisa nombrar, un vecino entusiasta de Zola entregóse en cuerpo y alma á la defensa de la causa justa que aquél representaba, divulgando por aquellos lugares la campaña iniciada en París. Monótono sería relatar aquí los ataques salvajes de que fué objeto. Baste decir que un día su cuerpo tuvo que ser recogido del arroyo, y cuando ante el juez reclamó se persiguiera á los infames que celadamente le habían apaleado, aquél no supo favorecerle de otro modo más que aconsejarle levantara su residencia del pueblo. El juez no se percató de confesar *que el fanatismo imperante reducía á la nada la aplicación de la justicia*. En fin, conste que la víctima, á pesar de los derechos que las leyes de la republicana tierra declaran concederle, y teniendo la opinión del juez de su parte, no tuvo más recurso que residir en otro pueblo, y gracias que el daño producido por aquellos fanáticos no acabara con su existencia.

En una ciudad importante del Centro, y muy cerca de su Jardín Zoológico, un viajero al descender del tranvía tuvo la desgraciada suerte, á causa de un resbalamiento, de caer con bastante peligro. Bastó que un fanático, que sin duda conocía personalmente al desgraciado, gritara: *Dejadle, que es un judío*, para que todos los transeúntes que á la primera impresión corrían á auxiliarle se alejaran precipitadamente, abandonándole á sus propias fuerzas. Todo esto es abominable, pero también es muy cierto.

Otros que se suscitan en los talleres entre obreros, y que acusan peor fanatismo podrían referirse; pero limitémonos á escuchar á Labori en sus declaraciones en el



momento después de ser víctima del atentado: *Mientras que Picquart y Gast corrían tras del asesino, diez ó doce personas pasaron sin socorrerme. Dos ó tres personas, al fin, menos feroces, acudieron á mis voces de socorro.*

Se dice muy á menudo que Africa empieza en los Pirineos. Será más justo prolongar las fronteras. Los cafres han invadido la Francia.

Luchar con el fanatismo religioso para implantar el fanatismo político, no es luchar contra todos los fanatismos. Pretender un ideal universal y á la vez sujetarse á cualquier mezquino interés de patria, no es deberse á las grandes causas. Pedir la abolición de la tiranía burocrática para sustituirla por una tiranía mesocrática, no es exponer ningún fin radical, y proclamar la libertad, obstruyendo el fin social y económico que debe regular el funcionamiento armónico de las humanidades, no santificará nunca la sangre que se ofrece. En este caso tendríamos que santificarla también al hablar de los enemigos de todo progreso.

Pero no es éste el orden de consideraciones que me preocupa en el caso presente, ni me lo permite tampoco el limitado espacio de un artículo. Siempre ha habido hombres dispuestos á creer que al pueblo hay que tirarle de los ramalillos, y por esto le propagan lo que les viene en gana y, sobre todo, en provecho.

Lo que está en mi intento demostrar es el grave defecto en que incurren, hasta hombres de buena voluntad, de no conformarse con los homenajes de una obscura localidad de provincia, de caer en el vicio de sinceridad por el cual se arrastran, yendo á vivir entre las masas en el período de elecciones, y abandonarlas durante toda la legislatura en el abismo de los atavismos reaccionarios, en la ignorancia que las reprime y en el servilismo que las embrutece.

Tamaño proceder en hombres que dicen anhelar el bien común es un absurdo, porque está fuera de todo sentimiento francamente generoso. A mi objeto, no es más que mentir abstracciones que no sienten ni comprenden, es posponer los ideales de trascendencia humanitaria á los egoísmos y ambiciones personales, y como en la lógica de las consecuencias encontraremos que semejantes defecciones aranean el error, las preocupaciones, el cansancio, el hambre y un sinnúmero de promesas halagadoras jamás realizadas, de ahí que la desvalidez, el paria, el esclavo, abandonen el Aventino y regresen á sus mazmorras despreciando á sus guías, á los que anhelan su bien, hasta el punto, ¡oh, sarcasmo!, de andar á tiros contra aquellos que, viendo claros los vicios dominantes de su país, denuncian el maridaje del jesuitismo antisemita con la bárbara fanfarronería militar.

Esto es lo cierto.

LEOPOLDO BONAFULLA.







# TRIBUNA DEL OBRERO

## ENTRE JARAS Y BREZOS

(CONTINUACIÓN)

Aquella canción, nacida de un corazón apasionado y cantada con una voz melodiosa y triste, revelaba el profundo sentimiento de un pecho que principiaba á sentir los primeros y dulces latidos del amor.

La persona ó la joven que este amor inspiraba parecía hallarse también presa del mismo sentimiento, impidiéndole dormir, porque apenas el galán acabó de cantar, una de las ventanas de la casa se entreabrió sigilosamente, pero no con tanta cautela que el joven Pedro no lo notara; y cuando éste vió que era observado y la persona amada velaba, se sintió como avergonzado y arrepentido de aquello que acababa de hacer en compañía de otros, y no pudo cantar más. El primero y verdadero amor tiene esta virtud y esta pureza: desea tenerlo en secreto y no se atreve á revelarlo ni á la misma persona que tal amor inspira.

La ronda se alejó sigilosamente y la ventana se cerró de un golpe, golpe que resonó en los oídos de Pedro, mejor dicho, golpe que resonó en su corazón como un apóstrofe que le dirigía la mujer amada, diciéndole: —Cobarde.

Aquella noche Pedro no pudo dormir; pensaba en Elisa, y el temor, la desconfianza y la duda de si no era correspondido por ella le asaltaba de una manera horrible.

Era preciso deshacer la duda, y pensaba de la manera y modo que había de declararse á su bella adorada.

En estas meditaciones le sorprendió el día y el ruido ocasionado por su padre al abrir las puertas de la casa y al comenzar á coger las herramientas de labranza.

Pedro se levantó de un salto de la cama y se vistió en un segundo, saliendo al primer cuerpo de la casa, donde su padre le dió los buenos días, y acto seguido se dirigió á la cuadra para aparejar la mula y cargarle un serón de estiércol que todas las mañanas llevaba á la huerta.

Las siete de la mañana serían cuando padre é hijo, después de haber almorzado las sabrosas migas preparadas por su madre, salieron de la casa camino del campo donde trabajaban sembrando en tierras de su propiedad.

Aquel día, Pedro estuvo desgraciado en el trabajo, recibiendo varias riñas de su padre. Nada lo hacía bien; fué por un cántaro de agua á una fuente distante de la huerta, y lo rompió en el camino. Su padre le riñó por esto, diciéndole que en qué pensaba, que no lo había oído cantar en toda la mañana y que parecía atontalinado. Él no replicaba á su buen padre, ajeno por completo á las preocupaciones de su hijo.

A eso del mediodía la madre de Pedro se presentó en la huerta cargada con una grande cesta á la cabeza, donde llevaba las viandas que habían de consumir en la merienda.



Sobre límpido mantel de verde césped extendió la buena mujer los alimentos, sentándose los tres en el suelo para comer.

—Hoy no tenemos agua—dijo el viejo dirigiéndose á su esposa.

—¿Pues cómo es eso?—preguntó ésta.

—Porque Pedro ha hecho la gracia de romper el cántaro en la fuente.

—¡Bah!—dijo la buena mujer por toda contestación;—se traerá otro de casa y aquí no ha pasado nada.

Pedro continuaba triste mirando á su padre que partía el pan, y cuando éste terminó de hacer esa operación que precede á toda comida de familia, se fijó en su hijo que continuaba callado y de mal humor. Creyendo tal vez contentar al hijo querido y mimado con toda su alma, aunque muy raras veces le mostrara esto mismo, se levantó y dijo:

—Esperarme un momento—y se encaminó á la choza de una huerta vecina donde pidió un cacharro que llevó lleno de agua donde lo esperaban los suyos, diciendo: Ya tenemos agua, Pedro.

Y como notara que el carácter de su hijo no cambiaba, dijo dirigiéndose á él un tanto mal humorado:

—Pero ¿qué diablos tienes hoy que ni cantas, ni ríes, ni haces nada bien? ¡Caray!...

A lo que contestó el joven lacónicamente:

—Nada.

—Pues á comer—repuso el buen hombre ya dado á los diablos; y los tres comenzaron á comer lo que estaba puesto ante ellos.

Contra lo de siempre, Pedro fué el primero que dejó de comer, y su madre le preguntó con tierna solicitud:

—Hijo, ¿estás malo? ¿Te ha pasado algo? ¿Tienes algún disgusto?

—No, señora madre, no tengo nada; es que no tengo más ganas—contestó él.

La madre calló como lo había hecho antes; y, aprovechando una ocasión de hallarse á solas con su esposo, mientras el mozo daba un paseo por entre los árboles que poblaban la huerta, le dijo:

—Sabes, Juan, que Pedro parece otro y que está triste.

—Pues eso he notado yo, y por más que le he preguntado, dice que no tiene nada,

—Pues lo que es nada, no tiene; nuestro hijo tiene algo.

—¿Y qué puede tener, mujer?

—¡Que sé yo!

—¿Entonces?...

—Mira, Juan, yo creo que Pedro ha comenzado á padecer de un mal.

—¿Qué padece de un mal?—repuso el hombre todo alarmado.

—Sí; padece de un mal—insistió su esposa sonriendo maliciosamente.

Aquella sonrisa le indicó á su esposo que el mal de su hijo no era tan grave como se imaginó en el primer momento, y le preguntó más tranquilo y con curiosidad:

—¿Conoces tú ese mal, mujer?

—Creo que sí.

—Pues explícate y desembucha, ¡caray!

—Yo creo, Juan, que nuestro hijo está enamorado de alguna moza del pueblo.

El tío Juan se dió una palmada en la frente abriendo los ojos y la boca desmesuradamente, y preguntó á seguida.

—¿Y cómo demonios conoces tú eso, mujer?



—Sí, lo he conocido; su carácter melancólico y triste, el cerco amoratado de sus ojos me lo dicen y creo que no me engaño.

En efecto, la madre no se engañaba; la madre tiene este particular instinto, esta superior inteligencia á que no llegará nunca la del hombre, de leer en el semblante y en los ojos del hijo lo que su corazón siente.

Los dos esposos continuaron su plática haciendo mil proyectos para el porvenir y la felicidad de su hijo, y ya les entraban barruntos y deseos de tener un nieto que se sentara sobre sus rodillas recibiendo los inocentes besos de la niñez, besando ellos también, que tantos años hacía que no besaban, y sólo les inquietaba el desconocer á su futura hija.

Hasta aquel día los viejos no habían pensado más que en el hijo, y desde él en adelante pensaron en nuevos seres que vinieran á robustecer y aumentar la familia.

Pasó aquel día, que fué para ellos como una revelación de nueva felicidad que les esperaba todavía en la tierra; á ellos, que ya eran viejos y sentían, bien á su pesar, aproximarse los últimos días de su existencia por la fuerza implacable de los años.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

## MENTIRAS

Al hombre que siendo rico dilapida sus riquezas favoreciendo á cuatro miserables, oiréis que le llaman alma generosa.

Al que come trabajando mucho y lo poco que le sobra lo reparte entre sus semejantes necesitados, á éste le llaman derrochador.

Al hombre que va á misa, aunque vaya para pensar dónde cometer fechorías; que se confiesa á menudo, aunque explota miserablemente á sus semejantes, oiréis cómo le llaman alma piadosa.

Y al paria que no va á misa, ni cree en supercherías de ultratumba, á éste se le llama impío.

Al hombre que pondera las ventajas de la sociedad actual con muchas palabras, *brillantes períodos y sublimes frases*, aunque se sepa de antemano que lo que defiende es una solemne mentira, dicen de él que es un gran personaje.

Y al humilde obrero que en cualquier mitin suelta verdades como puños, dichas con ó sin rudeza, pero verdades que están en la conciencia de todos, á éste se le llama grosero.

Presentáos en cualquier sitio vestidos lujosamente, con bota charolada, guantes blancos y sombrero de copa, aunque seáis un calabacín, un bendito de Dios ó un pillo á carta cabal, y os recibirán como á una eminencia.

Preséntese un sabio de verdad en cualquier parte vestido decentemente, sí, pero sin lujo, sin finos guantes, etc., y trabajo le costará hacerse escuchar.

¡Así es el mundo de imbécil!

FRANCISCO NAVÉS.